



JORDI BARBA

Cambio y consenso

PUDIERA SER QUE

*LOS soberanistas
lograran su objetivo,
pero al precio de forzar
a la propia sociedad
vasca a sufrir una
drástica mutación*

KEPA AULESTIA - 03:46 horas - 14/10/2003

Las previsiones que podemos hacer hoy sobre el desarrollo de los acontecimientos en torno al plan Ibarretxe presentan varias incógnitas. Dado que nos encontramos ante un fenómeno eminentemente reactivo, uno de los interrogantes principales es la actitud inmediata que pueda adoptar el Ejecutivo Aznar cuando el Consejo de Gobierno presidido por Ibarretxe apruebe el texto articulado para un nuevo "Estatuto de libre asociación con el Estado español" y se dé inicio a su tramitación parlamentaria. Pero otra de las incógnitas –y no la menos relevante– se refiere a ETA como factor incontrolado en toda esta ecuación, y a su eventual disposición a facilitar la marcha soberanista mediante "un periodo de distensión".

Entre los compromisos del lehendakari se encuentra su promesa de no promover un proceso de refrendo popular en Euskadi hasta que se alcancen condiciones de "ausencia de violencia". No está claro qué entiende el nacionalismo gobernante por "ausencia de violencia"; si está pensando en una situación definitiva o le bastaría una tregua declarada por ETA. En ocasiones el debate sobre el plan Ibarretxe ha acabado en un reproche hacia su promotor por impulsar una propuesta de tanto calado mientras la parte no nacionalista de la política vasca padece el acoso terrorista. Sin embargo, en lo que respecta a la definición del futuro del autogobierno, el problema no se encuentra tanto en el hecho de que no todos los ciudadanos vascos pueden sentirse igualmente seguros y libres, sino en la ausencia de ese consenso mínimo que requeriría cualquier proyecto de cambio respecto al marco jurídico-político vigente.

Se ha considerado imprescindible la "ausencia de violencia" para dar paso a una etapa decisoria en términos soberanistas. Es ésa, además, una perspectiva que el soberanismo alberga entre sus esperanzas. Porque intuye que una mera tregua por parte de ETA modificaría radicalmente la percepción social del plan Ibarretxe en Euskadi. Éste pasaría a ser a la vez causa y consecuencia de la "distensión", y aumentarían las posibilidades del nacionalismo para conformar una mayoría de arrastre capaz de orientar los acontecimientos hacia la "libre asociación" como meta ineludible. De ahí que resulte necesario plantear el debate en otros términos, aunque sea con fines dialécticos. Porque –en contra de lo que se ha convertido en lugar común– sí se podría proceder a la celebración de una consulta popular en una situación de violencia, siempre y cuando el consenso entre las formaciones democráticas sostuviera la convocatoria del referéndum. Pero lo que resulta cuestionable es que el presidente del Gobierno

vasco trate de conducir a sus conciudadanos hacia el referendo de su plan mientras la mera presentación de éste acaba con los últimos restos de consenso que existían en la autonomía vasca.

Las esperanzas del nacionalismo también están cifradas en la reacción que sus iniciativas provoquen en los poderes centrales del Estado constitucional. El instinto nacionalista conoce el terreno que pisa. Es consciente de que hoy por hoy no cuenta con los apoyos suficientes como para dotar de juridicidad al "Estatuto de libre asociación". Por eso sabe que su empeño ha de traducirlo en una guerra de desgaste de las resistencias internas y en una acumulación progresiva de fuerzas abertzales en torno al plan. La experiencia le ha enseñado que, a partir de un determinado nivel de respuesta, la reacción de los poderes centrales del Estado contribuye a alimentar el ánimo soberanista mientras acompleja la contestación vasca al soberanismo. Eso y la ralentización del proceso iniciado hace ya un año –cuyo desenlace no se conocerá probablemente hasta que se celebre el escrutinio de las autonómicas de la primavera de 2005– le permiten soslayar la necesidad del consenso.

El consenso democrático representa para el nacionalismo gobernante un lastre que decidió quitarse de encima allá por el año 1997, cuando optó por explorar una vía propia hacia la paz. Aquel paso, que generó controversias en su seno, ha cuajado de tal manera en la cultura política nacionalista que hoy la recuperación del acuerdo democrático no forma parte de las alternativas que barajan sus dirigentes. ¿Para qué, cuando pueden intentar recuperar la mayoría absoluta en el Parlamento vasco? La experiencia de estos últimos años de gobierno en precario ha acomodado tanto al nacionalismo que no ve la necesidad de ampliar el soporte político y social del futuro del autogobierno mucho más allá de sus propias bases. De continuar por esa vía, es posible que los soberanistas logren, de facto, alcanzar su objetivo. Pero al precio de forzar a la propia sociedad vasca a experimentar una drástica mutación; a dejar de ser lo que es para reflejar el dibujo que de ella realiza el nacionalismo. Por eso conviene recordar –aunque quizá sea ya tarde– que la mejor consulta a la que la ciudadanía puede ser convocada es aquella que casi no se necesita: aquella cuya celebración, pregunta e incluso respuesta han sido previamente consensuadas mediante los mecanismos de la democracia representativa.